

UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU



ORATIO PRO SATYRAE DIGNITATE

DISCURSO EN DEFENSA DE LA DIGNIDAD DEL HUMOR

GREGORIO BARTOLOMÉ

PROFESOR AGREGADO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
UNIVERSIDAD SAN PABLO-CEU

FESTIVIDAD DE SAN ISIDORO DE SEVILLA

FESTIVIDAD DE SAN FRANCISCO DE SALES

26 de Abril de 2004

PRETEXTO v NOTA

Esta exposición se inscribe en el marco de la celebración de la festividad de dos santos patronos, el de Humanidades y el de Ciencias de la Comunicación. Nos referimos a San Isidoro de Sevilla y a San Francisco de Sales, respectivamente. Por ello, nos ha parecido oportuno centrarnos en un tema, que intenta aunar las dos preocupaciones docentes, que ellos ejercieron y que nos estimulan hoy a seguir su estela.

El autor de las *Etimologías* y de las menos citadas, pero importantísimas *Differentiae verborum*, al hablar del erudito Apringio de Beja, explica el mecanismo que lleva a una educación superior, y dice que debe preparar gentes «elocuentes en su expresión y de profundos conocimientos».

El obispo de Chablais (Ginebra), tras varios meses de predicación solemne pero infecunda, descubre la fuerza del periodismo y se lanza a la publicación de hojas volanderas, *Controversias*, con las que pretende contrarrestar la tremenda campaña de la que son objeto los papistas, por parte de quienes estaban utilizando con mucha eficacia los medios que les proporcionaba la reciente invención de la imprenta, cosa que los católicos desgraciadamente aprendieron a contrapelo.

La educación superior no era posible sin la fecunda utilización de la Lengua y de la Retórica para explicar todos los saberes de su tiempo que se contenían en las *Etimologías* isidorianas y tampoco hoy, cuando día a día se desgranar aleatoriamente en los periódicos y en los restantes medios de comunicación los saberes y aconteceres, según lo marca la actualidad; pero, igualmente es imposible sin conocer la fuerza que supone la cristalización de una opinión pública informada y formada, como intentaban *Las controversias salesas*.

Conocimiento, pues, de la Lengua y su uso adecuado, por una parte; saber, por otra, desmontar el error, la contumacia, el poder omnímodo, la prepotencia, y la misma ignorancia, con la respuesta inteligente y ágil: he ahí dos buenas razones para encaminar nuestros pasos a la reflexión que proponemos sobre la importancia del humor en la configuración de la opinión pública y, por ello, la necesaria inclusión de su estudio en los programas universitarios.

Castigare ridendo mores
ORATIO PRO SATYRAE DIGNITATE
Discurso en defensa de la dignidad del humor

Con las reflexiones que siguen, pretendemos salir en defensa del humor tan dejado de la mano de Dios en los programas académicos de «periodistas, mensajeros, escribas y retóricos» con el manido pretexto, suponemos, de que no es serio. «No sentimos el humor, clamaba ante los Inmortales de la Lengua Wenceslao Fernández Flórez, y hasta debemos decir sinceramente que nos molesta, que nos inquieta, que, sólo con verlo pasar a nuestro lado, tememos que manche o disminuya nuestra propia seriedad, de la que estamos enamorados y que ponemos gran celo en vigilar, porque nos parece que perder algo de ella es como perder algo de nuestro honor. Y muchas veces, en efecto, cuando queremos afirmar que alguien ha perdido su decencia, decimos que ha perdido su seriedad»¹.

Lo académico, se suele argüir, requiere, *per se*, un cierto rigor expositivo, un cierto aplomo, un cierto estilo. Rigor, aplomo y estilo que los mediocres reducen a una sedicente pose, tal vez para disimular la precariedad de sus saberes².

Elegimos conscientemente esta defensa frente a tanto follón y malandrín (*Cervantes faxit*), que entre las lecciones que han de formar a los futuros profesionales de los Medios de Comunicación, nunca ha considerado reservar ni siquiera un corolario, sobre el tema del humor y

¹ Wenceslao Fernández Flórez, justificaba así su atrevimiento al escoger como tema del discurso de ingreso en la Academia nada menos que el de *El humor en la Literatura Española*. El discurso lo pronunció el día 14 de mayo de 1945. Le contestó don Julio Casares, Secretario perpetuo de la máxima institución de la Lengua.

² Nos parece, ahora mismo, que estamos escuchando la voz de algún catedrático, velador de las esencias docentes, que seguramente exigirá al académico gallego justificar con qué título universitario osaba decir tales cosas. Claro que el mismo humor, como personaje duende, le daría una respuesta condigna en boca del latinista José Iglesias de la Casa: «¿Ves aquel señor graduado/ roja borla, blanco guante/ que nemine discrepante/ fue en Salamanca graduado?! Pues, con su borla, su grado,/ cátedra, renta y dinero,/ es un grande majadero».

su poder configurador de la opinión pública; cosa que sí hacen, lógicamente, con el editorial, el ensayo, el artículo y otras varias especies de los considerados géneros periodísticos.

Repasen, por curiosidad, los programas al uso en nuestras Facultades después de 25 años de incorporada la Periodística a la Universidad, y esperamos que convengan con nosotros en que algo falla, cuando en ellos no se incluye el estudio³ de este espectacular ejercicio de libertad que, a modo de histurí, nos convoca permanentemente a despiezar por las mismísimas coyunturas, «todas las liturgias de este mundo, los ritos inamovibles, las vanidades políticas y sociales, las escenificaciones de la autoridad omnímoda, la severidad y el engolamiento»⁴. Algo falla, porque, al fin y al cabo, no nos engañemos, *fere totus mundus exercet histrionem*, casi todo el mundo representa una comedia, o como dijo en verso Moratín: «El mundo comedia es/ y los que ciñen laureles/ hacen primeros papeles/ y, a veces, el entremés».

El humor, a través del chiste, la parodia, la ironía, la risa, la burla terapéutica de los carnavales o la risa ominosa del humor que calificamos de negro es la celebración de la inteligencia, que abomina de todo deslumbramiento referido a una sola luz.

¿Ustedes consideran que es cuestión baladí el que los chistes gráficos figuren en las mismas páginas donde la prensa vierte la opinión de sus sesudos editorialistas? ¿Por qué, entonces, se analizan en clase, con tanta precisión, algunos géneros opinativos y se suspende al humor sin concederle la gracia de haberlo examinado, si con él se consiguen formi-

³ En uno de los libros de texto más manejados en las aulas de Periodismo de todo el país, se dedican al tema del humor tan solo 10 líneas, de sus 639 páginas. Y en un endomingado *Diccionario de Ciencias y Técnicas de la Comunicación ...* entre las voces que incluyen estudios de sesudos profesores en cada materia, no aparece la entrada "humor". No saben, no responden. Gracias a que un periodista de raza e intelectual sin fisuras, como fue don Nicolás González Ruiz, en su obra no superada por los novatores a la violeta, *El periodismo, teoría y práctica (año 1960)*, publicada antes de que la Periodística entrara en la Universidad, lo tuvo en cuenta con un trabajo debido a la pluma de un humorista tan significado como Miguel Mihura.

⁴ David Roas, «Humor y literatura», en *Quimera*, nº 232-233, Julio-agosto 2003, p. 10.

dables síntesis de pensamiento? Decimos conscientemente formidable, de *formido*, miedo, y seguimos en esto a San Isidoro de Sevilla, quien en sus *Etymologías* deriva esta palabra de sangre, *formus*, que se hiela por el temor⁵. No en vano, una revista tan “reputada” en el franquismo, solía repetir en la última página aquello de «tiemble, después de haber reído».

Pero, si fueren poco consistentes los argumentos que podamos esgrimir para nuestro propósito, recurriremos a autores cuya autoridad “a-c-a-d-é-m-i-ca” parece incuestionable. Ellos nos valgan en este empeño de defender el tema del humor como digno de tener acceso a las aulas universitarias.

Dejemos constancia de que Aristóteles se ocupó del humor y su juego, *castigare ridendo mores* (corregir las costumbres con la risa) y lo describe como una desproporción entre el objeto y el nombre que lo denomina, que eso es el lenguaje cuando es incoherente; que Cicerón lo explica en el doble sentido de las palabras, en las citas y en las imágenes modificadas: que Quintiliano lo descubre en los defectos físicos de las personas y aun en las palabras feas dichas a tiempo; que Horacio, ese Horacio cómico, tachado de la lista de los clásicos por funestos humanistas –como les sucedió a Aristofanes, a Plauto, a Luciano y a Marcial y buena parte de Platón- nos pregunta muy en serio en su *Epistola ad Pisones* si contendríamos la risa ante un cuadro que presentase una cabeza de hombre con cerviz de caballo. ¿Y porqué no pintarlo, si modernamente por las calles caminan personas con un aparato, utilizado a modo de orejeras, que se mal denomina móvil?

Bien. Si traemos en abono de nuestro propósito a todos estos autores para defender el valor académico de la sátira y, además, citamos a Moliere que marca las lindes del humor en el juego libre de la imagi-

⁵ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, Edición bilingüe de José Oroz Reta y M. A. Marcos 2 vols. BAC, Madrid 1994, vol.2, p.819.

nación; si constatamos que Kant sitúa el origen de la risa en una espera que termina en nada; si nos amparamos en Bergson, el autor del delicioso libro *Le rire*⁶, que afirma que sólo lo humano es campo donde puede brotar lo cómico, sobre todo en su mascarada social que contrasta con la agilidad interna de la vida; si comprobamos que lo utilizaron genios como Cervantes que en *El Quijote* «con extraña habilidad/ queriendo pintar un loco,/ retrató a la humanidad»; como Quevedo, que se sirvió de la deformación y de los juegos de palabras en *Los Sueños* y en todo lo que quiso para no dejar debilidad humana sin purgar; como el P. Isla, azote de zotes predicadores, de los cuales aun quedan ejemplares rábulas y pedantes, al parecer sin peligro de extinción, entre políticos y entre radiofonistas y presentadores televisivos; como Larra, que, pese a todo, no pudo con los funcionarios -estatales y no estatales- y siempre tendremos que volver mañana; como a Bécquer, ese desconocido Sem de la sátira procaz, él tan delicado siempre; como Valle, el de los esperpentos; si acompañamos a Camba y nos pasamos en su compañía un año en el otro mundo o en Alemania o en Londres; si nos vamos de greguerías con Ramón, que se atrevió a definir lo que no puede definirse, a atrapar lo pasajero, a aceptar o no aceptar lo que puede no estar en nada y puede estar en todo; si, por juntar en uno todos los humoristas actuales, hablamos de Mingote, ¿no tendremos sobrada ley, justicia o razón para desenvainar la espada en defensa del humor, que nos saca del ensimismamiento y reprime toda actitud aisladora?

Hagamos, pues, el elogio del humor que «nos purifica de dogmatismo, de unilateralidad, de esclerosis, de fanatismo y de espíritu categórico, del miedo y de la intimidación, del didactismo, de la ingenuidad

⁶ Henri Bergson, *La risa*. (traducida del francés por María Luisa Pérez Torres) Ed. Espasa-Calpe. Madrid 1973.

y de las ilusiones, de la nefasta fijación de un único nivel y del agotamiento y de la tan traída hoy y tantas veces hipócrita corrección política»⁷.

Con todos ellos y más gentes que no citamos para no aburrirles, como George Orwell, Pope o Jame Joyce, éste en la obscenidad satírica del episodio de Circe, la más importante de las fantásticas farsas de su Ulysses, defenderemos, *oportune et importune*, a nuestro pupilo.

Nos van a perdonar que vengamos apoyándonos en tantos genios, total, dirán, para atacar a unos pocos sabiondos centonistas que, por desconocer lo que aportaron nuestros clásicos retóricos, nos han colocado, mal traducidos y todo a cien, los inventos del nuevo periodismo, que estaban ya patentados hace siglos con aquel comenzar a contar la historia *semper ad eventum et in medias res*, como dice Horacio que lo hacía Homero, o con lo que en un brevísimo párrafo resume Cicerón⁸. Son los mismos nos han explicado como descubrimiento del Mediterráneo el organigrama de las cinco “W” de la noticia, como si antes no hubieran existido los predicamentos metafísicos y lógicos de Aristóteles, que los popularizó en versos nemotécnicos Quintiliano y que rezan así: *Quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo, quando*⁹. No es cosa de insistir en esto. Pero, tal vez Erasmo de Rotterdam tropezó con semejantes sabiondos, pues en su Elogio de la estulticia se refiere a los “tontisabios”, que sacan de cualquier legajo apolillado cuatro o cinco palabrejas cuyo

⁷ David Roas, o. c., p. 10, aludiendo a un estudio de Badjin sobre Rabelais.

⁸ “Suavis narratio est quae habet admirationes, expectationes, exitus inopinatos, motus animorum, colloquia personarum, dolores, iracundias, metus, laetitias, cupiditates”. Cicerón. *De oratione*, part. 9. Evidentemente, en esta frase de menos de 20 palabras, se describe todo el proceso narrativo que algunos pretenden haberlo descubierto en el nuevo concepto del Periodismo de Neale Copple; o en la retórica de Perelman, como si no nos precediera una larguísima tradición de maestros, que nos enseñaron que hay que escribir con claridad, con sencillez (que ahora traducen por “simplicidad”, ¡mira qué trínca!) sobre ritmo y colorido, moneda corriente hace siglos y que Cervantes resumió en párrafo antológico, que refrescamos a tanto boquicalmente innovador: «Procurad dar a entender los conceptos sin intrincarlos ni oscurecerlos y de tal modo que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa; el risueño la acreciente; el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención; el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla».

⁹ Estas categorías aparecen en la *Lógica Formul* del filósofo griego como diez preguntas referidas a todo sujeto de proposición: «*quis, qualis, quantum, ad quid, quando, ubi, quid agat, quid patiantur, quo habitu sit, quo situ sit*».

oscuridad deslumbró al lector y que les rinde mayor tributo de admiración cuando menos los entienden.

En fin, si el humor es, en boca de Goethe, uno de los elementos del genio (llámese Arcipreste de Hita, Chaucer, Boccaccio, Cervantes, Quevedo, Shakespeare, Moliere, Gogol... en la literatura; o tantos y tantos escritores y dibujantes, en la prensa, sobre todo a partir del siglo XVIII; o en el cine, Charles Chaplin, Orson Welles, Luis Buñuel, Luis García Berlanga...), por qué no estudiar en la universidad ese aspecto del genio?

QUÉ COSA ES LA SATYRA

Bien, pasemos a definir y proponer el papel que desempeña la sátira en cualquiera de sus variedades; es decir, desde las más benignas: la ironía, el aforismo, la fábula, la alegoría y aun la misma socarronería campesina; hasta las que encierran ironía militante con su severidad y crueldad para hacer que el lector se sienta incómodo y salga de su complacencia hasta convertirlo en un aliado en la lucha contra la estupidez humana¹⁰. Entre éstas últimas señalemos el sarcasmo, el epigrama, la invectiva, la farsa, el cuento popular de animales, el libelo y la parodia.

De cualquier forma, el humor se resiste a que se le encorsete con una definición, lo cual provocaba desazón a Pío Baroja que se lamentaba con esta frase: «parece mentira que se sepan tantas cosas de astronomía, que son tan lejanas y no sepamos qué es el humorismo». Afirmación que parecen remedar Nelson Rodríguez, al afirmar que «cada rostro humano es mil veces más interesante que la vía láctea», o García Márquez, más profundo, al referirse a su profesión: «Las actuales salas de redacción son laboratorios asépticos para navegantes solitarios, donde parece más fácil

¹⁰ La frase es de Foye y la cita Matews Hodgart en *La sátira*, Ed. Guadarrama, Madrid 1969, p. 131.

comunicarse con los fenómenos siderales que con el corazón de los hombres. La deshumanización es galopante».

Claro, que, alcanzando una definición precisa del humor, tampoco salimos del paso, con tal de que estemos de acuerdo con Jorge Volpi¹¹, en que ello no es tan imprescindible y que, para justificar su necesidad, «sería suficiente con que la sátira y el humor provoquen a los lectores - o espectadores- para que, a la larga, modifiquen los aspectos más ridículos que la propia realidad posee».

Y sería suficiente esto, porque «la gracia abrillanta las ideas, las adorna, las hace amar, las adhiere a la memoria, vierte sobre ellas una luz que las vuelve más asequibles y claras. Y, al mismo tiempo que las aguza, pone en esa punta un beleño que hace sus heridas mortales, cuando se trata de lastimar. Ni el insulto, ni la súplica, ni la execración, ni los suspiros tienen una fuerza semejante».¹² En el fondo no hay nada más serio que el humor. Quintiliano defiende la importancia de la risa, porque «destroza en un instante un razonamiento que ninguna argumentación había podido desbaratar antes».

Sátira es una palabra que se presta a muchos matices. Se trata, más bien, de una expresión conveniente para abarcar una gran variedad de obras literarias que tienen otras características en común. Así, su sentido original, en todas las lenguas, es que estamos ante una obra literaria de género especial en la que se expresan «los vicios, las tonterías, las estupideces y las injusticias para sancionarlas con la palmeta de la corrección», aunque Ramón Gómez de la Serna nos previene de que «no se propone el humor corregir o enseñar, pues tiene ese dejo de amargura del que cree que todo es un poco inútil»: opinión ésta que choca frontalmente con la de otro humorista tan esclarecido como Wenceslao

¹¹ Amanda Mars, «Conversaciones sobre el humor», Quimera, p. 60.

¹² Wenceslao Fernández Flórez, o. c., p. 12.

Fernández Flórez¹³, quien arguye que, cuando escribió *Las siete columnas. El secreto de Barba-Azul o El Malvado Carabel*, lo hizo para combatir ideas que le parecían equivocadas. En ese sentido, sería bueno recordar, con el escritor y periodista gallego, que «Dickens modifica la justicia inglesa con sus novelas; Ibsen, la condición de la mujer escandinava, con sus comedias; de las obras de Bernadino de Saint Pierre fluyen los sentimientos antiesclavistas que cristalizaron piadosamente a principios del siglo XVIII; en vientos huracanados se convierte el suave soplo que producen los lectores de Voltaire y de Gorki y de Tolstoi, al volver las hojas de sus libros; amamos como quisieron los poetas provenzales, y, porque se han escrito escenas y aventuras marítimas, hay navegantes que gozan de la extraña soledad de belleza de los océanos. En definitiva, Don Quijote, movido por sus lecturas es un exacto arquetipo humano».

Sería también legítimo, dice Matews Hodgart, hablar de la sátira aplicándola al monólogo en la radio o en la televisión, al cine o a las artes visuales como las caricaturas o las historietas de dibujos. Y, desde luego, pese a que, bajo la palabra literatura nos refiramos más a las obras impresas o manuscritas incluidos el teatro y la novela, debemos situar en dicho apartado las manifestaciones del folklore y las tradiciones orales más primitivas, tanto en verso como en prosa, en música o en cartón piedra. Los Carnavales de Cádiz y las Fallas de Valencia algo tienen que decir, al respecto.

En fin, el Diccionario de la Lengua Latina, del célebre Raimundo de Miguel, nos define al satirógrafo, trayéndolo del griego, como «poeta que escribe sátiras»¹⁴. Y luego, escrito con “y”, nos lo traduce como «poema que reprende los vicios», o también «composición en prosa para el mismo fin».

¹³ Idem et ibidem.

¹⁴ Rimundo de Miguel, *Diccionario Latino-Español. etimológico*. Madrid, 1943. p. 833.

De cualquier forma, se debe exigir a la ironía que sea o que pueda ser reveladora, es decir, que, en la correspondencia que debe haber entre la realidad y la ironía, ésta resuelva o revele algún fragmento de aquella.

CAMPOS PROPICIOS PARA LA SÁTIRA

Adelantemos algunos temas, que luego van a ser objeto de una mayor atención por nuestra parte. La política es el campo más propicio, si bien es lo que acarrea al satírico más peligros y compensaciones. De ahí, la censura descarada y brutal en las dictaduras o la más sutil, pero igualmente eficaz, en las democracias. El clero, en cuanto su actuación roza o presenta flancos políticos, ha sido otro objetivo señalado de la sátira. En tercer lugar, la mujer, todavía hoy, aunque fue más en los autores medievales y clásicos. Y luego, determinados tipos que, también tradicionalmente aparecen caricaturizados, como los caciques, los paletos, los señoritos, los oficinistas;¹⁵ los cesantes, los pícaros, los chulos, los cursis, modernos pijos de nueva especie -los «o sea»-, los del quiero y no puedo; los oportunistas (si puedo..., sí quiero); los aduladores, los cazurros (compruebo que mi ordenador es cazarro, no reconoce la palabra cazarro por mucho que uno insista); los pobres, los ricos; las marquesas, la clase media; los soñadores, los precios del mercado...

Otros flancos..., los enchufes, las recomendaciones, la vagancia del «más vale pájaro en mano que ciento volando», que tanto encocoraba a Unamuno; el abuso de poder o de autoridad; el cerrilismo, la liviandad y todas las costumbres viciosas que en su desarrollo han llegado a términos viciosos.

¹⁵ Curiosa vocación española la de meterse con los oficinistas, tal vez por esa secreta envidia hacia quienes, decimos, cobran religiosamente a fin de mes sin hacer nada, como nos gustaría manifiestamente a todos.

Es evidente, pues, que la risa no nace de la estética pura, sino de la búsqueda de la perfección general. Por ello, se ceba con el envaramiento, la solemnidad, en la rigidez, en la necedad, en la estulticia y en la hipocresía. De ahí que, seguimos una vez más en esto al gran maestro, Wenceslao Fernández Florez¹⁶, la risa sea interpretada de distinta forma por quien, poseyendo un espíritu infantil, no va más allá de quedarse en la exterior de la broma; y quien tiene «espíritu barbudo» -porque, existe una especial solemnidad que hace nacer barbas en el alma a los del “de mí no se ríe nadie”- y brama que los asuntos serios no han de ser tratados sino con seriedad. Por tanto, para todo ese inmenso público, en el que entran doctos e ignaros, las fronteras del humor son elásticas y difusas.

Pero, lamentablemente, los españoles nos hemos marcado siempre una frontera especial, la sinrazón: Como si sólo «a sangre y fuego»¹⁷ quedaran satisfechos el orgullo, la soberbia y la dignidad, se pinta al español como hombre vertical, hombre de esencias, la posición difícil y erecta de España, raíz de sus heroísmos y madre de sus desgracias, aunque siempre, por supuesto se envíen armadas invencibles «contra el eje del mal». La frase, que define esta frontera, es de Baltasar Gracián: «La soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera. Topó con España y parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella. Allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer el don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo».¹⁸ Y, por si algo faltara, nos perseguirá a todas las partes el indiscreto encanto de una burguesía

¹⁶ Wenceslao Fernández Flórez, o. c., p. 20.

¹⁷ Lo trae a colación Manuel Barrios, *Rimas de la oposición popular*. Ediciones 9, Madrid 1975, p.119 y ss.

¹⁸ Baltasar Gracián, *El crítico*, Crisi XIII. La feria de todo el mundo. Ed. Planeta, Barcelona, 1985.

partidaria del látigo. «porque aquí no estamos preparados» y «como no sea con mano dura...»

DÓNDE SE FUNDAMENTA EL HUMOR

Los autores clásicos, decíamos, están de acuerdo en que lo cómico es una mueca de la realidad. El humor anda suelto y, caminando con los ojos abiertos, observa lo que el mundo y el hombre tienen de limitado, de insignificante, de doloroso y obra conforme a la experiencia que revela que toda grandeza tiene sus límites; por ello, es capaz de abrir impertinentes ventanas al asombro y la carcajada, cuando se descubre, como venimos diciendo, la vanidad, el engolamiento, la mezquindad, la holgazanería, la deshumanización, la mentira. Entonces, se presenta al humorista la oportunidad de seguir dos caminos, no excluyentes entre sí: el cauce del menosprecio o el de la irritación.¹⁹

Desde luego que lo cómico está en la forma, aunque haya contenidos o temas mucho más propicios que otros para el juego irracional de ese duende travieso. Según Pirandello, el humor se goza en destrozarse el corazón para ver cómo está hecho, como si fuese una maquinaria. Por eso mismo, el humor es una emoción consciente, a la que se le debe exigir medida. *Ne quid nimis*, es decir, no hay que pasarse. No es humor, sino astracanada, especialidad de algunos duetos de la pequeña pantalla, lo que desemboca en lo casposo o en el trazo grueso gestual. Es exigible, por ende, que, cuando lo mecánico se superponga a lo viviente, —concepto de lo cómico para Bergson²⁰— no se extreme la rigidez. Hace falta la gracia, no la sal gorda. El humor es cosa de letras, no de letrinas como opina

¹⁹ Wenceslao Fernández Florez consagra esta distinción en su discurso de ingreso, o. c., p. 9.

²⁰ Enri Bergson, o. c., p. 34 y ss.

la televisión, según escribía Ricardo Cantalapiedra, a propósito del elogio a tantas lúcidas representaciones de Los Luttiers.

La sátira comienza, volvemos a Hodgart, con una postura mental de crítica, por un estado de irritación causada por los ejemplos inmediatos de vicio y de estupidez humana (*indignatio fecit versum*, divisa de Juvenal) y, por ello, la risa despectiva es la mejor forma del desprecio y de la superioridad que muestra el satírico. En este sentido, el autor citado sostiene una curiosa teoría sobre la similitud agresiva de algunos animales y la nuestra. Todos los animales sociales, afirma, son agresivos con los de su propia especie y en toda sociedad existe una jerarquía que la hace funcionar, incluso con el sometimiento del inferior al superior, lo cual provoca, por lógica, la rebelión, al menos dialéctica, del más débil²¹. Pero no podemos alargar esta relación, porque nos llevaría muy lejos. Sirva, no obstante el apunte. Los animales, esto es de Bergson, son risibles si llevan la marca del hombre, que no es sólo un animal que ríe, sino también un animal que hace reír.

Necesariamente tiene que haber otras fuentes en la sátira. Son ciertos juegos de palabras o el tipo de relación de ideas que llamamos ingenio. Lo cual nos obliga a decir que por tanto que excluiríamos, como humor, la crítica polémica, el periodismo político y otras formas de expresión semejantes, que, por muy ingeniosos y elegantes que sean en cuanto a su composición, no pueden aceptarse como sátira, porque les falta un elemento fundamental, su capacidad de abstracción, es decir, la capacidad de transformar los penosos sucesos de la vida real. Les falta esa dosis de fantasía que «descubre jardines imaginarios con sapos de verdad en ellos».

²¹ Matews Bodgart. o. c., p. 119.

Según esto, la sátira se distingue de otros géneros literarios por la manera de enfocar el asunto, por su actitud especial hacia la experiencia humana. Apuntemos, pues, el ingenio como soporte de la expresión satírica.

Pero, además, hay en la vida, dicen los experimentados, un área muy extensa y enormemente elástica que la previsión y la razón no pueden acotar. Esa área pertenece al gobierno del azar, que es otro maestro “facedor” de humor. Se ha reglamentado todo demasiado. Y la consecuencia es que, a esta vida codificada que vivimos con miras a la jubilación y al seguro de vejez, le faltan dimensiones, elasticidad, capacidad de asombro y de sorpresa, hasta que el azar nos abre las escasas puertas que se van hacia lo insólito.

No demos más vueltas. «Al hombre le hiere más una burla que una espada. Su honor, muchas veces, no se resiente por un acontecimiento injusto, pero sí se exacerba cuando el ridículo llega a mofarse de él, con indiferencia o con una bufonada»²² De ahí que «el humor es disolvente; cuando se ataca algo o a alguien frontalmente se puede producir una defensa frontal que los ennoblezca. Sin embargo, un ataque con humor no deja opción a la defensa seria, ésta puede quedar ridícula frontalmente»²³. El humor rebaja los humos a las palabras solemnes, a los señores solemnes y a todo tipo de solemnidades. Ya lo escribió Rubén Darío: «Del puñal con gracia/ líbranos, Señor».

Llegados aquí, tomemos un acuerdo amistoso: El humor y la risa, género reciclado en luz y sombra, es la expresión comunitaria de un parecer compartido por muchos, un gesto social y eso es precisamente la opinión pública: «Un parecer sobre un hecho o una idea discutible y compartida». ¿Por qué no estudiar, pues, esa especie de demostración

²² Vélez, en *Apología del Altar y del Tromo*, Cádiz 1818, t. 1, p.169.

²³ Pedro Beltrán y Luis García Berlanga. «¡Ay, qué risa!», Academia Revista de Cine Español, nº 11, julio 1995, pp. 11 y ss.

social que «persigue una intención utilitaria de mejora general», que vigila los valores de la sociedad al señalar a sus violadores para censurarlos?

LA POLÍTICA, COMO REFERENCIA DOMINANTE

Decíamos arriba que uno de los campos más aptos para el cultivo de la sátira es la política. Los humoristas conocen esto y juegan con ventaja. La mayor parte de ellos han atacado por este flanco; de ahí, que los torquemadas más declarados de la sátira sean el poder absoluto, los definidores, la tiranía y la intolerancia.

a) La Grecia clásica

El catedrático Rodríguez Adrados, conocido debedador de la dignidad de las Humanidades clásicas, (San Isidoro de Sevilla nos valga), nos ha regalado recientemente con un estudio²⁴, que nos puede servir para plantear con base algunas consideraciones sobre la importancia del humor político, de los autores de humor y de sus armas: el escarnio, la maldición, la adivinación, la ironía, el ingenio y el exceso violento, incluso. Las figuras del personaje cómico y del poeta satírico, dice, son figuras que, en cierto modo, están aparte de la vida normal de la sociedad y, por tanto, son libres de criticarla. Por ello, nos habla de Arquíloco e Hiponacte, de Hesíodo, de Homero, de Fénix y Cércidas, de Esopo, todos ellos vivientes en una sociedad aristocrática de los siglos VIII al VI a.C.

Mas, la sociedad, a su vez, parafraseamos al ilustre catedrático, se suele defender de todos ellos acusándolos de tipos raros y, si puede, saca a relucir sus defectos físicos o su fealdad, como se dijo de Esopo,

²⁴ «Hechos generales y hechos griegos en el origen de la sátira y la crítica», en Homenaje a Julio Caro Baroja, VV.AA. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid 1978. pp. 43-63.

al cual no sacó nada favorecido Velázquez. O, como si por ser manco, cojo o jorobado, no se pudiera tener una mente tan lúcida como Cervantes y como Quevedo, a los que se intentó menospreciar por ello; léanse los prólogos del Quijote y algunos ataques al “claudicante pato del aguachirle castellana”, de Góngora, a quien antes había definido aquel con esta espléndida agudeza mental, tan académica, por otra parte: «bachiller en suciedades, maestro de errores, licenciado en bufonerías, doctor en desvergüenzas, catedrático de vicios y protodiablo entre todos los hombres».

Por no hablar aquí de los ataques a la infancia infeliz y su vida atormentada, soportados por otro humorista, Desiderio Erasmo, «hombre de complexión débil y valetudinaria» según Menéndez Pelayo, como si tuviera que ser uno un “cachas” para escribir *Elogio de la estulticia*, aquel regalo impagable a la imbécil Europa de su tiempo²⁵. Igualmente, quien se siente atacado por la sátira, se defiende acusándola de ser crítica negativa, que resulta el más cómodo de todos los subterfugios para los interesados en eludir la posible evidencia de que el negativo es él.

Volvamos de nuevo a los clásicos griegos, ahora de la mano, otra vez, de Matew Hodgart. No es posible ignorar nombres como Aristófanes, modelo de periodista-humorista, quien comentaba con incomparable libertad los asuntos del día, combinando las primitivas tradiciones de la sátira, del libelo y de la frase saturnal, con una originalidad creadora extraordinaria, donde el orden social y político resultaba intensamente invertido²⁶. A lo mejor hubiera sido importante que los partidarios de la Guerra de Irak aprendieran en la sátira, *Los Acarnienses*, obra teatral que se estrenó en

²⁵ Sus mismos enemigos, para restarle fuerza a la diatriba se encargaron de traducir mal el título por *Elogio de la locura*, como queriendo camuflar que lo que lo Erasmo ensalza es la privación de juicio o del uso de la razón, cuando nada más comenzar su “farsa”, la estulticia proclama que, en pleno uso de sus facultades, ha tenido a bien hacer el papel de sofista, que tanto prestigio gozó desde los tiempos de Sócrates. Sobre este asunto y sobre muchos más del libro de Erasmo les remito al estudio, traducción y anotaciones del catedrático Luis Blanco Vila, en el que reivindica con argumentos definitivos el porqué *Elogio de la estulticia* y no de la locura.

²⁶ Matew. Bodgart, o. c., p. 34 y ss.

425 a. de C., cómo se pudo llegar a un armisticio en la cruel guerra contra Esparta y cómo Cleón dirigía demagógicamente el partido belicista: «Que el honor y el aplauso, dice el coro, sean el galardón del poeta (Aristófanes) cuya sátira ha impedido creer en las insólitas palabras de los oradores que con ellas os halagan y traicionan»²⁷.

De Aristófanes son también *Los caballeros*, cuyo papel principal tuvo que representar el mismo autor porque nadie, ni bajo una máscara, se atrevía a enfrentarse al personaje atacado en la farsa y que estaba presente entre el público que asistía a la representación. ¿Qué decir de *Las Nubes*, su comedia más sutil y deliciosa, a juicio de los entendidos?²⁸

El papel del humorista es considerado imprescindible en la sociedad. En *Las ranas*, el dios Dionisios, al no encontrar vivo ningún poeta satírico, desciende al Hades para buscar a Eurípides que había fallecido un año antes de que se estrenara la comedia, que, por cierto, resulta tan inteligible hoy como Ionesco o como Brecht, por centrarse en la «alegre crítica de la vida, hecha posible gracias a una gran audacia en reclamar el derecho a la libre expresión»²⁹. Libertad de expresión que los romanos no se atrevieron a reclamarla, porque resultaba peligrosa para los Césares. Por ello, Persio, Lucilio, Juvenal y nuestro Marcial, pese a su ingenio, resultaron menos contundentes que los satíricos griegos. Así, resulta curioso que la reclamación sólo la hicieron los “mimos”, actores cómicos que “morcilleaban” los textos de las obras y que mantuvieron viva la llama de la ironía.

Los tratadistas de estos temas están de acuerdo en afirmar que «Desde los tiempos de la Grecia clásica no se han repetido condiciones ideales para la sátira política; pero sí se dieron en Francia en el XVI y

²⁷ Idem et ibidem.

²⁸ Por cierto, ahora que todos vamos a ser bolonios, no estaría de más leer esta obra sobre el género de educación impartido por los filósofos profesionales de Atenas, incluido Sócrates.

²⁹ Matew Bodgart, o.c., p. 37.

a partir del comienzo del XVIII y en Inglaterra a finales del siglo XVII, circunstancias que favorecieron el genio satírico de Swift y Voltaire»³⁰.

b) Satyra en Roma

El ilustre catedrático Rodríguez Adrados se refiere sólo a los griegos. Entre los romanos, algunos de los cuales acabamos de citar de pasada (Juvenal, Horacio, Quintiliano, Marcial), habría que recordar, además, a Persio (34-62 J. C., bajo Nerón), que, por lógico miedo al tirano, se ceba en vicios sociales más que en los fallos políticos. Pero, por encima de todos, a Luciano de Samósata, autor que desarrolla su obra en la llamada Segunda Sofística (siglo II a.c.) época dominada por la superstición, la falta de sentido crítico y la entrega al dogmatismo. En el prólogo que sirve de introducción a la edición de los *Diálogos*, de Luciano³¹, el experto, José Alsina, afirma que en aquella etapa, muchos escritores, excepto los satíricos, se desentendieron de los problemas del presente. Por ello, Luciano se constituyó desde el principio en el fustigador sin piedad de esa actitud irracionalista y en revelador de la necedad humana. Y así, sin pretenderlo, creó una escuela de críticos que siglos más tarde recogían su testigo para lo mismo. Se citan autores como Liutprando (siglo X); el alemán Hans Sachs (Renacimiento); Wieland (en pleno siglo XVIII); Cyrano de Bergerac y Fontenelle (Francia); Boyardo en Italia (siglo XV), por señalar los más notables seguidores.

El mismo profesor José Alsina comenta que determinadas épocas, dadas sus especiales circunstancias históricas, pueden calificarse de especialmente lucianescas y en ellas la sátira adquiere una importancia capital. Una es el Renacimiento y otra, la Ilustración. Por ello, Luciano es reeditado por los humanistas muy pronto (1503 y 1522) y las ediciones

³⁰ Idem et ibid, o. c., p.38.

³¹ Luciano de Samósata, *Diálogos*, (Introducción, traducción y notas de José Alsina). Planeta p. XV.

de sus obras en alemán, en francés, en inglés, en italiano se multiplican en el siglo XVI. En España mismo, Juan de Jarava es el primer traductor de Luciano con un *Icaromenipo* (Lovaina 1544).

De todo ello resultaría su enorme influencia en Erasmo de Rotterdam, ya aludido, cuyos elementos lucianescos del antes citado *Elogio de la estulticia*, llenan a rebosar capítulos enteros³².

Otro aprovechado de las técnicas de Luciano, sería Rabelais, quien con su *Gargantúa* explota al máximo las posibilidades cómicas practicadas por el maestro. Sin olvidar que Swift (*Viajes de Gulliver*) y Voltaire (*Candide* y *Micromégas*) han ofrecido la mejor versión moderna del lucianismo.

Por lo que toca a sus discípulos en España, el mismo estudio del que nos servimos reafirma la enorme influencia del satírico romano en las obras de esclarecidos autores como Luis Vives (*Querrela pacis*), Alfonso de Valdés (*Diálogo de Mercurio y Carón*), Cervantes (sobre todo la segunda parte de *El Quijote*), Mateo Alemán (otro Luciano, para Gracián), Vélez de Guevara (*El diablo cojuelo*), y Quevedo (en todo)³³. No es cosa de extenderse más, por ahora³⁴.

³² Su *Dialogus Iulius exclusus a caelis* pinta al Papa Julio II a las puertas del cielo intentando entrar. A ello se opone San Pedro, a quien el pontífice muestra las llaves. El apóstol reconoce el atributo, pero dice que esta muy lejos de parecerse a la que el Maestro le entregara. Pedro insiste en que no puede reconocer la tiara papal; que la capa y las joyas con que se adorna son indignas de un pastor cristiano. La sátira está calcada de la despiadada sátira de Luciano contra un peregrino en parecido trance. Diálogos, Luciano de Samósata, o. c., p. XXI.

³³ José Alsina, o. c., p. XXIV

³⁴ Pero, por seguir la estela de José Alsina en España, apuntemos que, por influjo del erasmismo en España, traducen obras de Luciano Andrés Laguna (*Tragopodruga y Ocipus*), Fray Angel Cornejo (Tóxaris, 1548); Francisco de Enzinas (*Diálogos*, 1550 y *Relatos verídicos*, 1551); Francisco Herrera Maldonado (Luciano español 1621); Sancho Bravo de Lagunas (*Almoneda de Vidas*, 1634; Tomás de Carleban (autor de una versión inédita *Sobre la maledicencia*); C. Flores Canseco (*El sueño*, 1778); en el siglo XIX, sale a la luz una versión española de la obra completa y durante el siglo XX, hay intentos de versiones parciales y totales, hasta llegar a la versión que venimos comentando.

c) Satira política en España

Lógicamente es tiempo de centrarnos en nuestro país. Hablando de sátira política, refirámonos ya a España, aparte de las pasajeras alusiones que hemos hecho con motivo de reflejar el influjo de Luciano en todo el mundo.

Quien quiera pasar sus ojos por la crítica política y social de nuestro Medievo, dése una vuelta por las *Cantigas d'escarnio* o *De mal d'ízer* o las *Coplas del Provincial* y *Coplas de Mingo Revulgo*, así como la *Danza de la Muerte*.³⁵

Sobre tiempos más próximos a nosotros, contamos ya con obras que, añadiendo a la tradicional óptica militar, diplomática, administrativa, cultural y económica a través de las cuales se ha venido narrando nuestra historia, va enderezándose hacia una visión global y sociológica. Aquí, de nuevo entra el estudio de la producción satírica a que dan lugar lo que hasta ahora se contaban sólo como "glorias imperiales". Ponemos como ejemplo de ellas, un trabajo concienzudo del catedrático de Valladolid, Teófanos Egido, sobre el humor en la España Moderna, que titula *Sátiras políticas de la España Contemporánea*³⁶.

En esta selección y otras que le siguieron³⁷ nos aportan ejemplos abundantísimos que vapulean, por ejemplo, a los recaudadores de impuestos o consejeros de los mismísimos Reyes Católicos: «Has sacado lana tanta/ que si te dieras la maña/ hubieras hecho una manta/ que cubriera toda España./ Mas, como lo has trasquilado/ el viento te lo ha llevado/ porque no fue tu intención/ dirigida en conclusión/ al provecho del gana-

³⁵ En el libro *Coñones del Reino*, el escritor Alfonso Ussía realiza un recorrido por las sátiras y los satíricos de esta época y aporta esta lista de autores, con algunos ejemplos de sus versos: García de Astorga, Juan de Valladolid, Peráñez de Ayllón, Suero de Ribera, Rodríguez de Reynosa, Diego de San Pedro, Alonso de Baena y Antón de Montoro.

³⁶ Teófanos Egido. *Sátiras políticas de la España Contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1973, pp. 360.

³⁷ Nos referimos a *La sátira política en 1729*, de José Cebrián García, CSIC 1982 y a *Rimas de la oposición popular*, de Manuel Barrios, Ediciones 99, Madrid 1975.

do»; pareados contra el acompañamiento flamenco de primera hora de Carlos I. al amparo del éxito de las *Coplas del Provincial* pretéritas, y contra la rapiña de los flamencos: «Doblón de a dos, norabuena estedes:/ pues con vos no topó Xevres»; escritos venenosísimos contra los representantes de Felipe II, a quien no quisieron tanto los españoles como se dice, lean a Américo Castro. «¿Es posible que pensais/ echar aquesto en olvido,/ viendo los fueros postrados/ y el reino todo perdido?»; sátiras contra todos los validos y sus adláteres durante el siglo XVII, donde lucieron con tesoros de belleza literaria, los Villamediana en la caída de privados y ministros estando en el gobierno don Felipe IV: «Después que tantos excesos/ vienen a publicidad/ se sabe la enfermedad/ que tuvo a España en los huesos./ Ella flaca y ellos gruesos./ indicio ha sido bastante / que ese linaje arrogante/ ha causado sus flaquezas; mas, ya humillan sus cabezas/ para que ella la levante»; los versos de Quevedo del «No he de callar, por más que con el dedo,/ ya tocando la boca o ya la frente,/ silencio avises o amenaces miedo./ No ha de haber un espíritu valiente?/ ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice/ nunca se ha de decir lo que se siente?/ (...) Pues sepa quien lo niega y quien lo duda./ que es lengua la verdad de Dios severo,/ y la lengua de Dios nunca fue muda»; los Cortés Osorio, en la espera de que la reina doña María de Borbón fuera fecunda y se salvara la sucesión: «Parid, bella flor de Lis:/ en aflicción tan extraña,/ si parís, parís a España./ Si no parís, a París»; los ministros reformistas del siglo XVIII, entre los que destaca a ese tipo extraño y mixto, entre valido arcaico y ministro ilustrado, que es Godoy: «Mira pueblo esta baza/ y ya sabrás enseguida,/ cómo una calabaza/ pudo medrar en esta vida». Y al mejor alcalde de Madrid, Carlos III, que descuidaba más de lo dicho los asuntos de Estado por su afición a la caza (Goya pinxit, ojo a la sátira del lienzo), le dan este palmetazo en las posaderas del marqués de Esquilache: «Yo, el gran Leopoldo primero, /marqués de Esquilache Augusto,/ a España rijo a mi gusto/ y a su rey Carlos III./ Entre todos me prefiero./ ni lo consulto ni informo,/ al que obra bien lo reformo,/ a los pueblos aniquilo,/ y el buen Carlos, mi pupilo,/ dice a todo: me

conformo». O aquello otro, a su caída: «Aprended, flores, de mí/ lo que va de ayer a hoy:/ ayer Esquilache fui/ y hoy el esquilado soy».

En todos ellos se palpa el ataque personal para ir minando la popularidad de los gobernantes. Cansado de comulgar con ruedas de molino, el humor del pueblo tiende su cobertizo de tejas abajo (tan sólo *Deus non irridetur*) para medir las distancias. Pintan bastos. No obstante, el más temible de todos, Quevedo, esa gran “inteligencia hecha malicia”, se especializó en el Conde Duque y levantó, majestuoso, el vuelo para plantear problemas sociales, económicos, incluso políticos.

En el siglo XVIII³⁸ luce con luz propia *El duende crítico de Madrid* (1735), periódico que inaugura la prensa satírica en España. Y merecen destacarse *El Pensador*, (1762), de Clavijo y Fajardo, por su calidad literaria y su ataque a tipos y costumbres. Otro, de este tiempo, *El Censor*, arremete contra las supersticiones, los abusos del clero, la mala educación, la política económica, el estado de la Justicia. Murió en manos de la Inquisición (el freidero).

Viniendo a tiempos más próximos a nosotros, partiendo de las noticias y pistas que pueda dar una Historia del Periodismo, nos serviremos de los datos tomados del libro *100 años de Prensa satírica española*³⁹. Con ellos podemos adentrarnos en el siglo XIX y seguir la estela de la sátira política como género de opinión. Aquí nos encontramos con un cambio radical, la sátira estrena “medios exclusivos”. Se publican periódicos en los que todo es sátira, no sólo composiciones aisladas. Si siguiéramos su desarrollo por años, podríamos referirnos a *La Pajarera* (1813-14); *El Zurriago* (1821), satírico-liberal: «No entendemos de razones

³⁸ Encontramos datos interesantes en un trabajo de José Antonio Llera Ruiz, «Desde El Duende Crítico de Madrid hasta Gedeón, en Estudios sobre el mensaje periodístico, 2003,9 pp. 203-214.

³⁹ En la revista *Coleccionistas* (Madrid 1988), de la que fuimos director se resumía el contenido de un libro *100 años de Prensa Satírica española*, de Javier Domingo, editado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, 1988).

/ moderación ni embelecocos, / a todo el que se deslice, / zurriagazo y tente tieso» (1821-23). Este supuso tanta innovación que le salieron imitadores por todas partes: *El gato escondido*, *El garrotazo*, *La manopla*, *El pescozón exaltado*, *El amolador*, *El martillo*, *La tercerola*, *El tercerolín...* Con *El pobrecito hablador* (1832), reclama Larra, escritor satírico que no necesita ser grosero para resultar demoledor, el poder curativo de la risa: «El escritor satírico es aquel que con sus escritos destruye errores y persigue las preocupaciones que caen sobre la sociedad. Si alguien se parece a lo que nosotros caricaturizamos, que cambie; en su mano está el que deje de parecersele»; sigamos con *Fray Gerundio* y sus “capilladas”, del famoso historiador Modesto Lafuente (1837) que proclama a Juvenal y a Cervantes como sus modelos para atacar el linaje faccioso y montuno del carlismo, al clérigo que le sigue, a los falsos liberales, a los ministros ineptos...; con ello, vendrá otra serie de “frays”: *Fray Junípero* (1841), *Fray Supino Claridades* (1855); antes y después de éstos, *El Guirigay* y sus “cencerradas” (1839); *El Guindilla* (1842); *La risa*, *El Burro*, *El domine Lucas*, *El murciélago*, con calidad literaria, pese a su procacidad, (todos ellos por los años 1850); *Gil Blas*, (1864) que inaugura el humor gráfico propiamente dicho); *El Jeremías*, *El bobo de Coria* (“por los tontos, para los tontos”), *El abate*, *El paleta*, *El diablo Verde*, *El domine Lucas*, *El tío Camorra*, *El incensario* (todos ellos por los años 1866). Pero el auge máximo de la sátira se da en el Sexenio Revolucionario (1868-1874): *La Gorda* (católico-carlista); *La Flaca* (anticlerical); *Los descamisados* (radical y demagógico). En la Restauración, numerosa y efímera sátira política: *El Padre Cobos* (1874), de Cándido Nocedal (a la derecha), con una sección de anuncios de tono paródico; *Madrid Cómico* (fobia antimodernista) en el que escribió sus famosísimos *Paliques* Clarín.

⁴⁰ Véase el documentado trabajo «Clarín y el Madrid Cómico» en *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, obra dirigida por Jean-François Botrel, Fundación Germán Sánchez Rupérez, Madrid 1973, pp471-499.

desde 1883 a 1901; a partir de los años 1890. le hacen dura competencia⁴⁰ los «anodinos y tontos papeles pintados». en palabras mosqueadas de Leopoldo Alas: así, *Blanco y Negro* y *Gedeón* (1985). el de más larga vida del siglo) y, según José Antonio Llera, el primer proyecto de periodismo humorístico moderno⁴¹, que fue comprado por gobernador civil de Madrid para que no siguiera atacándole y que más tarde lo adquirió Torcuato Luca de Tena en 1909; y, en fin, otros *sapos* y *papeluchos* como los llamaba la gente de orden: *La viña*, *La filoxera*, *El cabecilla*, *Las ratas*, *El coco*, *El acabóse*, *El Trancazo* (pasma semanal contemporáneo) y *La Gordísima* (la que dicen que viene)...

Con la restauración borbónica moría toda una época, iniciada a la muerte del déspota Fernando VII, en la que con altibajos se trató de volver al revés un viejo y famélico país, a través de las friegas de aguarrás literario.

En 1915 comienza la andadura de la revista *España*, semanario de la vida nacional que cuenta con colaboraciones del calibre de Pío Baroja, Pérez de Ayala, Eugenio d'Ors, entre otros. Sus directores fueron, primero Ortega y Gasset y luego Luis Araquistain. Todos sus números contaron con caricaturas y chistes del más genial caricaturista de este siglo, Bagaría.

Pero, la auténtica edad de oro de las revistas de humor son los llamados felices años 20: *Buen humor*, *El cencerro*, *La tramontana*, *El gato negro*, *Gutiérrez*, *Muchas gracias*, *Pakitú*, *L'Esquella*...

A partir de los años 1930, pasamos a un humor radicalizado por una parte y por otra. Todos los diarios incluyen chistes de grandes

⁴¹ Vean la índole de Madrid Cómico, al organizar en abril de 1889 un concurso sobre «¿Cuál es la mayor tontería?», que recibió más de 780 respuestas por parte de hombres muy serios en la vida oficial como suelen ser los abogados, notarios, médicos, ingenieros, militares y comerciantes. O anuncios de acertijos como éste: «¿En qué se parece este catedrático por oposición a estas dentaduras de la Casa Tirso. Mayor 73? -En que son inamovibles».

humoristas. Entre los semanarios, *Gracia y Justicia*⁴², conservador, que en un momento dado cambia a denominarse *De veras y en broma*, de carácter derechista. Le acompañan *Fray Lazo* («semanario anticlerical, cortésmente desvergonzado», se titulaba); *El Badajo*, *Cascarrabias*, *Estampa*, *Menda*, *La calle* (antimonárquica, de izquierdas); *La Traca* (editada en Valencia que incluye caricaturas contra el clero y contra el rey Alfonso XIII, al que, la tierna sencillez, cariñosa del diminutivo, no tiene nada de cariñoso ni de tierno en vísperas de la Segunda República, atronadas las calles con el estribillo dedicado a su persona: «Lo verá el pueblo español/ colgadito de un farol»⁴³, y, en Barcelona, *El jabalí*.

Al comienzo de la Guerra Civil desaparecen en buena parte las revistas satíricas. En la zona nacional aparecen *La Trinchera* y *La Ametralladora*, semillero de los grandes humoristas de *La Codorniz*; en la republicana, *Milicia Popular*.

En la larga posguerra, grandes humoristas se vieron abocados al exilio. Pero es justo recordar que en 1941 nacía *La Codorniz*, “la revista más audaz para el lector más inteligente”, toda una bocanada de aire fresco. Mingote probó suerte con *Don José*, un remedo de *Gutiérrez* y surgió otra, de tono más panfletario, *¿Qué pasa?* Tras la Ley Fraga (1966) comenzarían a publicarse con algún retraso, el gran *Hermano Lobo* (1972), así como *Por Favor* (1974), siempre al límite de lo permitido, y, en el primer periodo de suspensión ministerial, a los cuatro meses, *Muchas gracias* (1974), de la misma empresa.

Con la apertura que llegaba tras la muerte del dictador («Ha muerto Franco, que en paz descanse...mos», decían por entonces en una

⁴² Inspirado por el consejero de la Editorial Católica, Francisco Herrera Oria, cuyos propósitos son: «Para todos y para todo habrá un hueco acogedor, una caricia, una frase, un bufido, un trallazo, una flor, un madrigal, unos granos de acibar o unas gotas de miel de la Alcarria, si Romanones no se muestra intransigente, pero todo lo daremos con una distinción casi comparable a la fascinadora del doctor Marañón».

⁴³ Manuel Barrios, o. c., p.127.

sala de fiestas los humoristas Tip y Coll), proliferaron nuevas revistas: bien es cierto que con los nuevos tiempos fracasan las viejas fórmulas, por lo que, aunque con resistencia, van cerrando algunas memorables. Paralelamente nacen otras de humor político, entre las que sobresalen, con muy desigual calidad, *El Popus*, *El Jueves*, *Barrabás* (deportiva), *La jaula*, *El cuervo*, *El cocodrilo*, *HdosO*, etc... Todo ello se refuerza con el resurgir del humor en las páginas de los diarios con firmas consagradísimas y en muchos casos espectaculares: Mingote, Máximo, Chumy Chumetz, El Roto, Forges, Peridis (genio de la caricatura), Gallego y Rey..., todos ellos de plena y creciente actualidad.

En radio y televisión han proliferado programas de claro sentido político, alguno de los cuales recientemente ha sufrido las iras de la censura democrática, como *Caiga quien caiga*, y otros mantienen el tipo, como los *Muñecos de Guiñol*.

LA SATIRA ANTICLERICAL

Otro tema abonado para la sátira es la Iglesia, mejor, los clérigos de las iglesias, pero no sus fieles creyentes, por la sencilla razón de que los seglares no tienen poder. A lo sumo, se cuentan cuatro chistes de beatas, que son como los que se cuentan sobre mancos, cojos y ciegos de la vida social.

La sátira anticlerical resulta un ejemplo especial de sátira, en cuanto el clero se mete en política, cosa nada rara cuando el Trono y el Altar fueron de la mano. Tan pronto cuando una Iglesia, sea la que fuere, emerge de su estado de *pusillus grex*, cuyo «reino no es de este mundo», y adquiere poder y posesiones, tiende a protegerse, y, de ahí, que caiga en la tentación de suprimir a sus enemigos o críticos. Y, si además, por su propia misión, se constituye en maestra y custodia del dogma y de la

moral. no es extraño que la sátira, rompedora del orden establecido, le pise los talones, en cuanto trate de controlar los brotes de herejía o de conducta civil, cuando ésta se alejan de los postulados religiosos.

Fue anticlerical la primera sátira política de la Edad Media, que algunos certifican como la pionera en Europa desde los tiempos de Lucilio bajo el Imperio Romano. Escrita alrededor de 1150, *Ysemgrimus*⁴⁴, es una epopeya de animales consistente en una serie de fábulas y relatos que giran en torno al lobo (un monje codicioso) y un zorro (un tramposo del género picaresco), al que se retrata con más simpatía. Recuerden luego a los “goliardos”, estudiantes vagabundos que recorrían Europa de universidad en universidad o que desempeñaban cargos administrativos de poca importancia al servicio de la Iglesia. Sus *Carmina burana* son unas veces canciones de amor o canciones de bebedor, pero otras son sátiras en las que se ataca por simonía a la curia papal, a obispos y monjes; como también de avaricia, de glotonería y de la mayor parte de los pecados capitales, incluida, por supuesto, la lujuria⁴⁵. Los mismos temas y casi los mismos ejemplos aparecen casi doscientos años después en una sátira política y anticlerical, las *Fábulas morales* de Robert Henryson, maestro escocés, que son notables por su simpatía hacia los campesinos, presentados como ovejas trasquiladas por los hombres de Leyes y por los clérigos sin escrúpulos.

Pero la protesta medieval era indirecta e incipiente, nos explican los estudiosos del tema, porque el nivel general de conocimientos políticos era muy bajo. Fue necesariamente en el Renacimiento y en la Reforma, cuando los movimientos literarios y artísticos, que afectaron profundamente a la cultura, aportaron dos elementos clave para casi todo lo que viene después, el Humanismo y las Guerras de Religión. Los humanistas tenían

⁴⁴ Matews Bodgart, o. c., p.42.

⁴⁵ Idem et ibidem.

un programa educativo muy opuesto a la educación tradicional, basada en el escolasticismo, en el latín eclesiástico y las oscuras controversias teológicas. Rabelais (1534) ataca este asunto en su *Gargantúa*, alumno que recibe dos educaciones; primero, dice, un ridículo curso de necesidades medievales suministrado por los doctores de la Sorbona y, más tarde, una enseñanza humanística más próxima a las ciencias, la retórica y los buenos modales. Por otra parte, la libertad humanista predicada por Erasmo de Rotterdam y la misma *Utopía*, de su amigo Tomás Moro, son la fuente de sus famosas sátiras de los años 1511 y 1516. Luego, Lutero y los reformadores, durante las Guerras de Religión, darán un vuelco harto obscuro y sectarista, apoyados por el impulso de la imprenta. No es cosa de detenerse en detalles, que rebasan con mucho los límites de este trabajo.

Dejando para otros empeños seguir la ruta europea de la sátira clerical, volvamos a España donde los ejemplos abundan, por un fenómeno poco estudiado, pero que puede explicar muchas cosas, si no nos dejamos llevar de los tópicos. En un larguísimo trabajo de más de 500 páginas, que pretendemos enviar pronto a las planchas, se recoge toda la trayectoria de la sátira hispana entre clérigos, que aporta ejemplos abrumadores de la pasión demoledora que exhibieron las distintas Órdenes contra sus propios hermanos de religión: Unas veces, tendrán como pretexto las disputas teológicas de escuela (tomistas y albertistas contra suarecianos); otras, el dominio de las cátedras (Scotistas, occamistas, dominicos y agustinos en Salamanca y Alcalá de Henares); otras, los dominios, diezmos y prebendas (Órdenes mendicantes, congregaciones de nuevo cuño y clero alto y bajo); otras, simples devociones (carmelitas, franciscanos, dominicos, jesuitas...); otras, asuntos de jurisdicción (obispos, cabildos, frailes y religiosos); otras, al dominio del confesonario regio; otros, en fin, por motivos inconfesables. Lo cual lo único que demuestra es lo brutal que resulta el odio cuando se produce dentro de casa: *Quam stultum est odium propriis cum aedibus implet*, como reza un texto sobre el dintel de una puerta de la abadía de Sobuco.

Que la sátira anticlerical tiene mucho de política, lo comprobaremos en cuanto observemos que los clérigos atacados por la invectiva casi siempre son los que ostentan algún poder: Papas, obispos, canónigos, Ordenes religiosas, y, de ellas, especialmente los más famosas, dominicos y jesuitas y más actualmente algún grupo al que la voz del pueblo atribuye especial influencia, dinero y poder. Después de todo, lo que se podría demostrar, aunque no es materia de este trabajo, es que el anticlericalismo laico español, no inventó nada; simplemente tiró de agenda y copió las barbaridades que antes se habían lanzado entre sí los propios clérigos. Vaya, copiaron descaradamente y no tuvieron que pagar derechos de autor⁴⁶.

Como corolario de la sátira anticlerical, podemos señalar que, como clérigos *sui generis*, son también objeto claro de la burla los abogados («que no aceptan don sin din»), sin olvidarse de los médicos (a los que Quevedo atribuye la culpa de precipitar la celebración del Juicio final, por la prisa que se dan en matar a los enfermos), y los banqueros y prestamistas.

LA MUJER, UN OBJETIVO CONSTANTE

Apuntábamos a las mujeres como tercer campo más socorrido para la visita de la sátira. Partiendo del hecho de que, hasta hoy, la mayor parte de lo que se ha escrito en sátira lo han hecho los hombres, éstos han encontrado la fórmula de echar a los mujeres la culpa de casi todo lo malo que acontece.

⁴⁶ Por ejemplo, cuando los llamados anticlericales escribieron contra la supuesta hipocresía que se atribuye tradicionalmente a los jesuitas, no tuvieron sino copiar y glosar aquello del dominico Melchor Cano: "Tu est jesuita... ergo hypocrita ita". O para atacar la supuesta falta de desprendimiento de los franciscanos, no tuvieron sino echar mano del ataque que otra orden religiosa lanzó contra los discípulos del poverello: "Teneis poco de Francisco y mucho de Asís, por lo que robais". O cuando se habla de las supuestas riquezas, qué mejor que acogerse a la fábula de Iriarte, que lleva por título la Barca de Pedro.

Simone de Beauvoir nos recuerda en *Le deuxième sexe*⁴⁷ que lo que se ha escrito sobre las mujeres es puro mito. Si tomamos en serio este antagonismo, nos explica el tan aludido Hodgart, entramos en la materia de algunas grandes tragedias y magníficas novelas. Tomándolo a la ligera, proporciona la base de la mayor parte de las comedias de costumbres. Pero, tomado desde el punto de vista moral, es lo que ha inspirado la sátira. Por ejemplo, el arcipreste de Hita, con todos los trucos del mundo pícaro remata con toda crueldad unos versos que, so capa de «Elogio de la mujer chica», resume las principales acusaciones, que se encuentran en un proverbio citado por la comadre de Bath, en la obra de Chaucer. *Las armas tradicionales del sexo femenino*: «fallere, flere, nere, dedit Deus in muliere», (engañar, con lo que lleva consigo contra el ego masculino: llorar para ablandar el poder; hilar o labores domésticas que la hacen esclava en casa, pero poderosa). Bueno, no sólo poderosa por eso. Celestina es un remedo de la vieja de Jean de Meung, y representa, para Ramiro de Maeztu, el mito español de la sabiduría humana.

La más famosa de las críticas antifeministas, ésta procedente de Oriente, son los cuentos de *Las mil y una noches*: un marido celoso lleva a su mujer a todas las partes encerrada en una caja, lo cual no es óbice para que ella le engañe con otros hombres. Y la mismísima Santa Teresa de Jesús no cayó en la cuenta de que podía dar pie a la sátira contra mujeres latiniparlas⁴⁸, cuando aseguraba, en otro contexto, que no quería que sus monjas fueran bachilleras. Tampoco en ello están libres de culpa

⁴⁷ Citada y comentado su contenido por Matews Hodgart, o. c., p.80.

⁴⁸ En un trabajo de doctorado, no impreso, «Preciosas, sabias, latiniparlas, hembrilatinas, bachilleras», el alumno, Miguel Angel Almodovar, cita una serie de obras de nuestro siglo de Oro y algunas francesas, que tocan esos temas: *La culta latiniparla*, de Quevedo, impresa por primera vez en 1631, en la edición de *Juguetes de la niñez*, que resulta un feroz ataque contra el tipo de mujer pedante, según el satírico, porque adopta las modas lingüísticas del momento e intenta pasar por lista, discreta, juiciosa y bien hablada; las comedias de Molière, *Las preciosas ridículas* y *Las mujeres sabias*, estrenadas respectivamente en 1659 y 1672; obras como *Los pechos privilegiados*, de Alarcón; *La dama boba* y *Si no vieran las mujeres*, de Lope, y *No hay burlas en el amor* y *El José de las mujeres*, de Calderón, o *El amor médico*, de Tirso de Molina.

los moralistas –no olvidemos la virulencia con que algunos Santos Padres de la Iglesia habían hablado ya de este tema- al haber descendido aquellos a cautelas y normas sobre las modas, los cosméticos y los peinados. Cierto que los sermones no son sátiras, pero fueron fuente inagotable de ellas, ya que, con el señuelo de censurar los gastos de lujo, también expresan la sospecha de que tales adornos tienen la finalidad de atraer pecaminosamente a los hombres. Como lo fueron la cantidad ingente de *flabiaux*, del siglo XIII, historias rimadas en verso, escritas para entretener a un público de pequeñas ciudades y aldeas de Francia.

La cosa ya venía de Juvenal, cuando atacaba a las damas romanas, cuyas perversiones le parecían sumamente costosísimas⁴⁹. Desde el siglo IV, existían más de setenta ediciones de sus obras, lo cual ilustra la enorme popularidad de Juvenal. En definitiva, la sátira antifeminista se ha dirigido a atacar los tres puntos tradicionales de la docilidad, la castidad y la modestia. Quizás en esto nadie llega tan lejos como Cyril Tourneur (1617) en su *Alphabet de l'imperfection et malice des femmes*⁵⁰, catálogo de todas las invectivas antifeministas que es una pretendida exégesis de una frase del Ecclesiastés, tan antifeminista: «Entre mil hombres sólo se puede encontrar uno bueno; de entre todas las mujeres, ni una».

A partir del siglo XVIII, las críticas fueron haciéndose más galantes, pero, hasta nuestros días en los que la mujer ha salido valedora de sus derechos y de su dignidad, la sátira ha dejado huella de su poder demoledor.

⁴⁹ Juvenal, *Sátiras*, Traducción de B. Holyday, Oxford 1637.

⁵⁰ En el libro de Matthew Hodgart, citado, en la página 102, se publica la portada de la obra de Jacques Oliver, licenciado en Leyes y en Derecho Canónico. *Alphabet de l'imperfection et malice des femmes*. París 1626.

LA PISCINA DE SILOE

Bajo la denominación genérica y humorística de *Piscina de Siloé* queremos volver a señalar, sin meternos en más berenjenales, los otros mundos propicios para la sátira. Se trata de todo ese conjunto de «ciegos, mancos, cojos y tullidos» que, según el relato evangélico, estaban junto a la piscina probática esperando que alguien moviese el agua para zambullirse en ella y poder curarse de sus males. Son los débiles del mundo: los pobres, los discapacitados, los ancianos, los cornudos, las prostitutas, las viudas alegres, los segundones, los petimetres... Pero, evidentemente, el estudio académico del humor que nosotros queremos reivindicar no debe perderse en estos terrenos de caza menor, más propicios de por sí para el simple pasatiempo, cuando no para la grosería, el mal gusto y otras destilaciones que no merecen la noble definición de sátira, porque andan muy lejos de su calidad formal.

Para terminar esta enumeración, por lo que tiene que ver con el lenguaje y su uso “cómico”, resulta especialmente oportuno señalar un campo que nos lo ha traído a colación el profesor y crítico literario Ricardo Senabre.⁵¹ Se refiere a la etimología popular como a un troquel adecuado para acuñar inesperadas creaciones humorísticas. Primero nos advierte de que se trata de un humor no buscado por el que lo genera, pero que es igualmente activo por sus efectos posteriores.

Por el evidente interés y la novedad de la aportación, trataremos de sintetizar el contenido de los apuntes de este catedrático salmantino. Aludiendo al *Diseño de semántica general*, de Félix Restrepo, que resulta un compendio de lo que se sabía sobre el asunto a comienzos del siglo XX, dice el autor que el rústico, pasando cierta edad, es refractario a toda

⁵¹ Ricardo Senabre, «Un recurso humorístico: la etimología popular», en *Quimera*, nº 232-233, año 2003, p. 25-29.

palabra disonante o extraña que se introduzca en el lenguaje. Así, cuando oye una palabra rara o desconocida, si en su caudal tiene otra semejante, aunque sólo sea en el sonido, la identifica con la nueva. Y cita algunos ejemplos: el portero de una vivienda que denomina como *alquilinos* a los inquilinos de una vivienda: otro dice que subió a la *torre infiel*, por Eiffel; el de allá, cita por *orden necrológico*, y no cronológico; la vieja dice *tengo una mesa de fornica*, por formica, conglomerado de papel y resina artificial... Pero, como si los rústicos hubieran invadido las aulas, el mismo Senabre apunta una reflexión sobre los logros semánticos de algunas respuestas de alumnos en exámenes: *Los hombres primitivos se vestían con pieles y pasaban la mayor parte del tiempo en las tabernas*, por cavernas. O esta otra, que nos ha proporcionado un profesor de Historia de la Literatura Universal: *El poeta*, refiriéndose a Baudelaire, *murió de silfides*, por sífilis.

Claro que quien lea con detención el Quijote podrá comprobar en qué medida daba este fenómeno en el rostro de Cervantes, quien no pierde la ocasión para corregirlo en los constantes diálogos de Sancho y Quijano, cuando éste no se cansa de reprenderle las prevaricaciones idiomáticas: Amigo Sancho, querrás decir, antropófagos, que no *estropajos*; rata parte, que no *gata parte*; bálsamo de Fierabrás, que no del *feo Blas*; el traductor de nuestra historia es Benegeli, que no *berenjena*... Y, por si sirve, en Galdós, oído sensible para los trueques del lenguaje hablado, se encuentran ejemplos sobrados, como pasar la noche a la *santimperie*, o hacer un *posupuesto* para llegar a fin de mes, o buscar tiempo para *destruirme*, en lugar de instruirme. El autor, cuyo resumen estoy intentado, habla de la capacidad de los comediógrafos como Carlos Arniches o letristas de Zarzuela para dislocar, estos sí voluntariamente, el lenguaje popular y claramente en estos casos, pretencioso: *estoy filosofeando*, y, *por tanto, hablo en sentido hipotecario*.

Mas, tristemente, todo ello nos lleva aquí, por encima de cualquier humorada, a lo que acontece hoy en nuestras conversaciones diarias, en

nuestros programas de radio y de televisión o en los doblajes de cine. Y no por lo dicho anteriormente de la falta de adaptación las personas mayores a los nuevos vocablos, sino porque hasta nuestros universitarios, nuestros periodistas, nuestros locutores, nuestros guionistas se comportan como verdaderos analfabetos, pese a que Quijotes del idioma como Lázaro Carreter hoy, y antes, el Brocense o Luis Calvo, traten de adoctrinarnos a dardos. Una turbamulta de repetidores dirá lo que han oído, sin parar mientes en lo que rebuznan. Perdonen la expresión, pero les invito, a este propósito, a recordar el pasaje del rebuzno comunitario del Quijote, comentado con saña por Unamuno. Así, basta con que un ministro diga *doceavo* por duodécimo; un locutor o un famoso *candelabro*, por candelero; los dioses del olimpo, sean trucados en *dioses del parnaso*; un patán con dinero pronuncie *ostentóreo*, por estentóreo; un boquicaliente locutor, al cual tienen muchos como gran comunicador, diga que el fallo del árbitro fue *latente y patente*, sin saber él que lo que es patente, en grado sumo, es su latente ignorancia; basta con que alguien diga en público o escriba la palabra *confesionario* para referirse a un determinado mueble de la iglesia, ya nadie dirá confesonario (el mismo ordenador lo rechaza), porque no saben distinguir entre un libro que trata de temas de confesión y un objeto más o menos grande, de madera. Si uno leyó por radio que se dio una batalla en el *Pelo-poneso*, o que las campanas en un entierro *repicaban*, cualquier día oiremos que la historia del Peloponeso la escribió Tucci... dices, por haber confundido al historiador con el modisto *Tucci*; y será difícil escuchar ya que las campanas “doblaban” o tocaban a clamores.

Ante la novísima y persistente moda de locutores esdrújuleantes, aun los de Radio Nacional, otrora modelo, como dicen que es la BBC de cómo se habla y se lee un idioma, uno se pregunta: ¿pondrá alguien remedio a tanto acento sin compás de los que dicen que “saben comunicar”, y leen a ritmo de los atacados constantemente de hipo? Y luego nos llenamos la boca diciendo que los comunicadores se forman ahora en

la universidad y que en los periódicos y en las emisoras existen libros de estilo, cuando éstos no son otra cosa -¡mira qué logros!- que un centón de normas, a lo sumo ortográficas o de usos y costumbres, en cada redacción.

Bueno, me dirán ustedes ¿qué tiene que ver esto con la sátira? A lo mejor llevan razón y no me niego a dársela, porque la tengo, como dice con frecuencia, en trances parecidos, un compañero zumbón.

LAS TÉCNICAS DE LA SÁTIRA

¿Qué es lo que motiva la risa? Tal vez el alivio momentáneo, la caída de la tensión acumulada a lo largo de la vida, tan llena de exigencias, y que una situación cómica aligera por el momento. Aunque el mismo Gracián nos lo avisa sabiamente: «No se debe estar siempre de chanzas».

La técnica básica del humor es la reducción, la degradación, la minusvaloración de la víctima, mediante el rebajamiento de su estatura y de su dignidad, o el abultamiento de sus supuestos o reales defectos: «Érase un hombre a una nariz pegado»... Por esos medios, hasta un gigante puede provocarnos la risa, al ser ridiculizado en cuanto que se le suponga largo de miembros, pero corto de cerebro.

Pero, todo ello requiere una determinada forma, que, por ser mágica, no tiene patrones definidos, aunque están localizados, evidentemente, en cuanto uno se fije en los ejemplos. En los tiquismiquis hay mucho de humor, como en las grandilocuencias. En la timidez y en la fanfarronería. En la desnudez y en el despojo.

Por cierto, repasando en uno de los libros que escribió San Isidoro sobre *Differentiae verborum*, (sólo en el primer tomo habla de 500) en el apartado dedicado a discernir con sutiles distingos los términos que se emplean sin la debida matización, hemos caído en la cuenta de lo que va

-de humor,- entre *desnudo* y *desnudado*⁵², palabra esta última que se presta más a la sátira que la primera. El desnudo es el cuerpo humano idealizado; pensemos ahora mismo en el asombro que causa el David, de Miguel Angel. Pero, desnudo es también lo erótico (sin ropa para el amor) o la épica atlética (despojado de ropa para la competición). Desnudo, igualmente, de deseos, de bienes, de adornos –de ahí la tonsura religiosa- se presenta quien se consagra con votos a Dios, si bien se cubre con una blanca túnica pudorosa. En definitiva, el desnudo es la apoteosis de la anatomía humana. Desnudado, en cambio, se interpreta en un contexto indecoroso. En este sentido, hemos leído que Adán y Eva sufrieron las consecuencias de la sátira divina, cuando antes de pecar estaban desnudos, pero no se avergonzaban; mientras que, probada la manzana, se sintieron *desnudados* y cubrieron con una hoja de parra sus partes pudendas. El *desnudo* es la forma de representar a los dioses; de ahí que hasta el citado Buenarroti se atreviera a hacerlo en su Juicio Final, con gran disgusto de algún alarmado censor posterior. El *desnudado*, sin embargo, rebaja al hombre a lo animal. Por ello, la sátira trabaja con desnudados o con vestidos a los que previamente desnuda.

Otra fórmula de opinión lacónica y elocuente es la de representar al hombre en caricatura, especialidad satírica que la prensa ha desarrollado profusamente. Claro que, en esta especialidad, existe en Leonardo da Vinci un maestro insuperable, y uno muy cruel en Goya, aun sin tener que recurrir a su pintura negra. Se trata simplemente de pensar y luego dibujar una línea alrededor de lo que se piensa.

Pero tampoco produce resultados desdeñables el reducir al hombre en un autómatas (*Tiempos modernos*, de Chaplin) ahora, no nos enfadamos, sino que «se nos cruzan los cables»; no nos cansamos «se

⁵² *Differentiae verborum*, Libro I, citado en la «Introducción General sobre la persona y la obra de San Isidoro», en la edición de las *Etimologías* de la BAC, por Manuel C. Díaz y Díaz, p. 118.

nos agotan las pilas». Aquí entra en juego la comicidad de lo monomaniático, ejemplar en progreso desde la invención del ordenador o de la pantalla televisiva, que, por otra parte, tantos bienes proporcionan. El disfraz nos colocaría cerca de la mímica, que es expresión esencial de la sátira, por su poder casi mortal de reproducir los gestos y los *visages* de la víctima elegida. El mimetismo nos lleva de la mano a la parodia, procedimiento por el cual, utilizando textos o situaciones de todos conocidos -oraciones comunes o comportamientos habituales-, ridiculizamos aspectos de la vida política y social. Véase el juego que han dado los “padrenuestros” contra los políticos que se presentan como padres y nos sustancian como traidores; los “mandamientos del avaro” (Quevedo faxit); la “trinidad”, de los filibusteros; las “avemarías”, de los violadores...

Treta, utilizada también, es la destrucción del símbolo en cuanto representación gráfica de las aspiraciones del grupo: la cruz, la media luna, la bandera, el uniforme... En ello fue un maestro Voltaire.

Pero, en Cervantes destaca con luz propia una técnica demoledora. Para ridiculizar al personaje y darnos a entender mejor su falta de cordura, pone en boca del héroe un lenguaje ampuloso y pretendidamente culto, que rompe el sentido común y funde toda lucidez mediante la retórica vacua e hinchada. Son ejemplares en esta línea dos fragmentos de la novela, uno narrativo, otro discursivo. El primero comienza con ese delirante principio, que en lugar de decir simplemente estaba amaneciendo, arranca de esta guisa: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos y apenas los pequeños y pintados pajaritos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora... y termina: comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel»⁵³; el otro es el famoso discurso de Quijano al recibir

⁵³ Cervantes, cap. II que Trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.

del cabrero un puñado de bellotas y que proclama, mientras Sancho y todos los que le escuchan comen el fruto de las encinas: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados»⁵⁴ .. ¡Y pensar que algunos preceptistas han incluido estas piezas en tratados sobre técnicas de redacción! Convengamos con Juvenal que, ante este panorama docente y el de los amasijos verbales de semiólogos a la violeta, *difficile est satyram non scribere*...

Más próximos a nosotros resultan familiares algunos discursos enfáticos de líderes políticos y ministros grandilocuentes. Ellos, por sí solos, suplían a los textos humorísticos que la censura prohibía. Sin ir más lejos, en la época de Franco, rezaba así la perorata de un ministro, que, a buen seguro, no había catado tal instrumento de penitencia en su vida: «Como un cilicio; me duele como un cilicio el clamor de lo social». Mas, a este titular, destacado en recuadro en un semanario de divulgación social,⁵⁵ añadía, en subtítulo, el pelota de turno: «Lo ha dicho José Antonio Girón y quien así se expresa es Ministro de Trabajo»; y no contento con la soflama añadida, remataba: «Con inquietudes similares por el problema obrero, nuestra Revolución será un hecho, un paradigma, un triunfo». Posiblemente, se quedó tan satisfecho de su elocuencia supina, que no la superaría ni el mismísimo Píndaro, en sus mejores arrebatos oratorios.

Contra la censura, el satírico se refugia en la ironía, que no es otra cosa que la simulación, el uso del doble sentido que juega con la complicidad del lector inteligente que sabe leer entre líneas. Entre nosotros parecen maestros de esta técnica escritores como Julio Camba o Wenceslao

⁵⁴ Cap. XI. De lo que aconteció a don Quijote con unos cabreros.

⁵⁵ AFAN, Semanario de Divulgación social. Año II, nº 89, Madrid 1945, p. 1. abajo, a tres columnas con recuadro y de salida.

Fernández Flórez y en ella trabajaron eficazmente gentes más próximas como Jardiel Poncela, Edgard Neville o Antonio Robles Soler⁵⁶.

Y no como propiamente técnica, sino más bien como molde un tanto especial, por lo mucho que difiere de los consagrados como mayores, (el teatro, la novela, el cuento, los poemas, epístolas, diálogos), nos referimos a la sátira en miniatura (el aforismo o el epigrama y los modernamente llamados “chistes” de las páginas de opinión).

Las sátiras del primer apartado se citan como modelos de sabiduría malintencionada y se valen normalmente de la prosa; el segundo apartado se clasifica como humor *cum micca salis*, es decir, con una pizca de ingenio, que se manifiesta preferentemente en verso. En aforismos tenemos un buen maestro en Gracián, que, al modo cínico, buscaba la verdad a través del desengaño, tema tan barroco; en el epigrama, descrito por Nietzsche como «epitafio de una emoción», contamos con muchísimos ejemplos recogidos en una antología abundante por Federico Carlos Sainz de Robles⁵⁷. Quizás en España se ha mantenido más que en otros lugares esta variedad satírica, que se ha practicado profusamente hasta nuestros días.

LA SÁTIRA DEBE MATRICULARSE EN LAS AULAS

Todo lo dicho nos lleva al principio, es decir, a que, una vez defendida la cuna noble de la sátira, explicado su desarrollo y sus distintas manifestaciones, volvemos a la propuesta de matricular en las aulas universitarias de Periodismo al humor, dado que, ahora mismo, son las

⁵⁶ Sobre este autor acaba de publicar la Fundación Universitaria Española la tesis doctoral de María Angeles Suz Ruiz, *La narrativa de Antonio Robles*, publicada en España hasta 1939, Madrid 2003.

⁵⁷ Federico Carlos Sainz de Robles, *El EPIGRAMA ESPAÑOL*, M. Aguilar Editor, Madrid 1946.

páginas de periódico y revistas o los espacios radiofónicos y las series televisivas, junto con el cine, los soportes más socorridos para pasar por el tamiz de la opinión a toda la vida humana. No ya sólo porque existe prensa exclusivamente dedicada al humor, sino porque no es posible concebir una página de opinión de los periódicos más conspicuos sin la presencia del llamado corrientemente chiste gráfico, que, en muchas ocasiones, resulta más demoledor o simplemente explicativo de la actualidad que los propios editoriales y ensayos. Repasen, repasen creaciones inolvidables de Mingote, de El Roto, de Peridis, de Máximo, de Perich, de Chumy...

Bien, formulemos, pues, una propuesta viable. ¿Sería mucho pedir a los “renovadores” de la Periodística, que abrieran dos o tres lecciones en el programa de Géneros Periodísticos, cuyo contenido u otro semejante rezara más o menos así?

1ª.- *Sátira y opinión pública. Ideas generales del humor como configurador de la opinión pública. Sátiras contra el poder político, religioso y social. Breve historia de la sátira en sus diversas fórmulas, con especial atención al humor de los siglos XIX y XX. Articulistas y dibujantes de esta etapa.*

2ª.- *Fuentes de lo cómico. Formas que adopta el humor. Procedimientos clásicos y modernos del género en obras de tramo largo (teatro, novela, cuento, poemas, fábulas, series televisivas) y en obras de tramo corto (tiras e historietas cómicas, epigramas, caricaturas, chistes en la prensa diaria y revistas de humor). Principales humoristas de actualidad.*

3ª.- *El humor en la publicidad. Análisis detenido sobre el lenguaje humorístico en este campo. Humor en los medios audiovisuales. Radio y televisión, con dedicación a programas concretos. Humor en el cine.*

Nadie se asuste. Para su desarrollo existe una riquísima y abundante bibliografía, que no es cosa de ponerse a recitar, y existe material abundante para compatibilizar teoría y práctica.

Bien. Llegados aquí, es cuestión de pedir perdón por la osadía y es momento de poner un poco de sordina a nuestra pretensión, que pudiera parecerse al parto de los montes. ¿Tanto para esto? Mejor será que ustedes lo juzguen. *Feci quod potui, faciant meliora potentes*. Hicimos lo que estaba en nuestras manos; mejórenlo los que pueden. Es decir, defendí a mi pupilo; dénlo acogida los que deciden qué materias deben entrar en los programas universitarios de una Facultad de Humanidades y de Ciencias de la Comunicación.

De cualquier forma, queremos concluir nuestra propuesta con las palabras de un autor del que nos hemos servido abundantemente ante ustedes: «tengo un profundo placer, decía él, en rehabilitar al denostado humor y ofrezco este juicio de reflexión a quienes opinan que el pensamiento tiene voz de bajo profundo y menosprecian el alado esfuerzo civilizador de la gracia»⁵⁸.

⁵⁸ Wenceslao Fernández Flórez. Discurso de ingreso. o. o., p. 28.